

Apesar de lo mucho que había amado y sufrido, las pasiones de Adolfo, en su corazón nacían y en su corazón iban extinguiéndose, sin que de ellas se apercibiesen ni tan siquiera las personas objeto de su predilección.

A causa de haber recibido varias miradas de Fany sentíase con tales bríos para emprender su conquista, que no titubeó ni un momento en dirigirse recta y prontamente á ella, declararle su pasión y esperar de la respuesta el curso de los acontecimientos.

No le faltaban amigos solícitos que tenían intimidad con el empresario del Circo y á ellos se fué en derechura, suplicándoles hicieran lo posible para poder ser presentado á su tormento.

Fany, hablaba con facilidad el francés, gustaba de tener rendidos adoradores y sus viajes y su trato con gentes principales, habíanle hecho adquirir discreción, gracia y soltura extraordinaria en la conversación.

El mismo empresario se encargó de presentar á la aplaudida artista al más sensible y entusiasta de sus admiradores, una noche en el Circo mismo, durante un largo intermedio.

Un magnífico traje de raso azul adaptado perfectamente á las esculturales formas de mujer tan hermosa, aumentaba sus naturales encantos: gruesas perlas rodeaban la magnífica garganta y aquellas manos tan hermosas y tan fuertes á un tiempo, ostentaban en los largos dedos riquísimas sortijas.

Hecha la presentación con todas las reglas que la etiqueta previene, Fany, dió las gracias á Adolfo por la admiración que hacia ella sentía, y notando la confusión y encogimiento del jóven, dirigióle infinidad de preguntas á cual más sencilla y afable, que eran contestadas tarde y mal, con infinidad de despropósitos.

Otras visitas distrajeron á la inglesa de la torpeza de mi pobre amigo, y habiendo llegado el momento de retirarse para aparecer en el redondel, despidióse de todos con apresuramiento.

Adolfo, después de haber acordado que no había sido del todo indiferente á su amor, y asimismo que la noche había sido una sucesión de delicias, decidió emprender resueltamente lo que tenía proyectado, y desde aquella noche en adelante, no faltó una sola al cuarto de Fany, acompañado unas veces de un precioso ramo de camelias, otras de una lujosa caja de bombones, y otras y otras de infinidad de regalos todos ellos de valor y buen gusto.

(Continuará.)

LA HERENCIA

CUENTO

Un tal Simplicio de Bobatel, viejo muy rico y muy amante de dos hijos que tenía, deseoso de favorecerlos, les entregó toda la hacienda paternal, creyendo que ellos corresponderían con gratitud al buen comportamiento del padre. Creía Simplicio que sus hijos seguirían como hasta entonces amándole y respetándole, y que al lado de ellos nada le faltaría á él para pasar tranquilamente los últimos años de su vida.

No transcurrió mucho tiempo sin que el buen anciano se convenciese de que había obrado con harta ligereza: los hijos, que al principio se mostraban obedientes y respetuosos, tornáronse presto altivos y menospreciadores, dando á entender con suma frecuencia que un viejo de quien ya no hay cosa alguna que esperar, es una carga pesadísima. Los mozos tratábanle como á un criado: hablabanle siempre en tono imperativo, burlábanse de su debilidad é impotencia, abandonábanle en sus enfermedades, y hacíanle pasar la más triste vida del mundo.

El pobre anciano, temeroso de ser, á fuerza de pesadumbre, juguete de la ingratitud y víctima de su generosidad, fué secretamente á consultar con un sabio amigo, á quien dió cuenta de todo lo que pasaba. Oyóle el amigo con el mayor interés; y cuando Simplicio, después de mil lágrimas y suspiros hubo acabado la relación de sus desventuras, el otro le dijo:

—Ahora más que nunca puedes bien decir que eres Simplicio Bobatel; porque lo que tú has hecho no lo haría el más simple bobo del mundo. Pero no es esta la ocasión de reprimarte, ni tu vienes á mi casa en busca de reprensiones, sino de remedio al mal que bien puedes considerar como un castigo de tu tontería. Yo te enviaré hoy un gran talego lleno de dinero, para que, dejándoselo ver á tus hijos, les digas que es el producto de una hacienda que te has reservado, la cual cuando tú mueras ha de pasar á manos de aquel de tus hijos que mejor contigo se porte.

Regresó Bobatel á su casa, donde efectivamente, á las pocas horas recibió la visita de un criado, que traía un gran talego áuestas. Encerróse con él Simplicio en la misera estancia que le servía de vivienda, y comenzó á contar las monedas, produciendo un gran rui-